

Irak: las consecuencias de una mentira de Estado

Todo el mundo sabe que los Estados Unidos habían justificado la guerra contra Irak pretendiendo que este país poseía terribles armas de destrucción masiva (químicas, bacteriológicas o incluso nucleares) que constituían una amenaza para el mundo en general y la seguridad de Estados Unidos en particular. La Casa Blanca hasta pretendía saber dónde estaban almacenadas estas terribles armas. Desde el 2 de octubre de 2002, George Bush afirmaba: “Irak posee bastantes agentes biológicos y químicos como para matar a millones de personas”. El 5 de febrero de 2003, Colin Powell añadía que “Sadam Hussein ha emprendido investigaciones sobre docenas de agentes biológicos”. También precisaba que existía “una siniestra conexión entre Bagdad e importantes responsables de AlQaeda”. Tres días después, George Bush declaraba a su vez que Irak habría formado a AlQaeda para el manejo de las armas biológicas y químicas”. Algunas semanas más tarde, el Vicepresidente Dick Cheney afirmaba que “Sadam Hussein ha reconstituido armas nucleares”. Estas afirmaciones, enunciadas con un tono de absoluta seguridad, fueron evidentemente repetidas por los aliados de Washington. El 24 de septiembre de 2002, Tony Blair declaraba ante los Comunes que Irak intentaba “adquirir uranio en África para fabricar armas nucleares”, que poseía “armas químicas y biológicas” y que sus misiles podían ser “desplegados en 45 minutos”. El 5 de febrero de 2003, José María Aznar afirmaba asimismo ante las Cortes: “Todos sabemos que Sadam Hussein posee armas de destrucción masiva [...]. Todos sabemos que obran en su poder armas químicas”.

Todo era falso. Desde el 7 de marzo de 2003, Mohamed El Baradei, director de la Agencia Internacional para la Energía Atómica (AIEA), declaraba ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que no existía “ninguna indicación de que actividades prohibidas relacionadas con la energía nuclear” se hubieran realizado en Irak. Poco después, se descubría que eran vulgares falsificaciones los documentos “probatorios” según los cuales Irak había intentado comprar uranio a Níger. Durante la guerra, Irak no recurrió por supuesto a ningún arma de “destrucción masiva”, habiéndose saldado con un fracaso todas las búsquedas emprendidas por las tropas norteamericanas de ocupación con objeto de descubrirlas en su suelo. Todos los sitios que pudieran haber albergado armas de destrucción masiva han sido examinados, sin embargo, con lupa. En ningún sitio, el equipo de los 1.400 inspectores del Iraq Survey Group, dirigido por el general Dayton, ha encontrado la menor huella del terrorífico arsenal clamorosamente denunciado por los Estados Unidos y sus aliados para unir el mundo a su causa.

Porque tales armas —queda ahora confirmado— jamás existieron. Cosa que los miembros de la administración Bush sabían perfectamente, por la sencilla razón de que a comienzos de 2001, algunos meses antes de los atentados del 11 de septiembre, ellos mismos lo habían reconocido! El 24 de febrero de 2001, por ejemplo, Colin Powell declaraba en El Cairo que “Saddam Hussein no ha desarrollado de forma significativa su capacidad de elaborar armas de destrucción masiva”, palabras confirmadas dos meses después, en idénticos términos, por Condoleezza Rice. Los Estados Unidos mintieron, pues, con todo el cinismo. Paul Wolfowitz, el número dos del Pentágono, acabó declarando por lo demás al periódico Vanity Fair (30 de mayo de 2003) que el pretexto de las armas de destrucción masiva había sido inventado “por razones burocráticas”, iya que “era el único argumento respecto al cual todo el mundo se podía poner de acuerdo”! Ahora bien, la mentira política está muy mal vista en los Estados Unidos. Richard Nixon se vio obligado a dimitir en el caso Watergate, no por haber espiado al partido demócrata, sino por haber jurado

que no lo había hecho. Bill Clinton estuvo a punto de conocer igual suerte por haber mentido de forma similar acerca de sus relaciones íntimas con Monica Lewinsky. Estas mentiras, sin embargo, no eran nada al lado de la increíble sucesión de mentiras de Estado cometidas por los miembros de la administración Bush con objeto de justificar su política belicista. Se comprende que, en tales condiciones, la administración Bush reciba críticas cada vez más severas por parte de la opinión pública norteamericana, la cual, sin embargo, la había sostenido masivamente en vísperas de la guerra. En Inglaterra, también se le reprocha a Tony Blair haber mentido deliberadamente al utilizar pruebas groseramente falsificadas para lanzar a su país a una aventura militar carente de toda justificación.

Pero la credibilidad de la Casa Blanca no sólo ha quedado malparada por esta mentira. También lo ha quedado por las consecuencias de la intervención en Irak, consecuencias que contradicen radicalmente las promesas y seguridades dadas por el entorno de George W. Bush —pero que, retrospectivamente, les permiten a los adversarios de la guerra albergar las mayores inquietudes. “Seremos acogidos como liberadores”, había declarado el vicepresidente Dick Cheney en vísperas de la ofensiva. Ahora bien, las tropas estadounidenses, lejos de ser recibidas con flores, se han topado durante varias semanas, pese a su aplastante superioridad tecnológica, con una resistencia armada que ha dado pruebas de extraordinario vigor, especialmente en las provincias meridionales, cuya población se suponía, sin embargo, que anhelaba más que las otras la liquidación de la dictadura de Saddam Hussein. Los Estados Unidos pretendían “luchar contra el islamismo”. Y lo que han hecho ha sido atacar al único país laico de la región, con el resultado de dar el poder a los chiitas fanáticos que constituyen la mayoría del sur irakí. (Un sondeo publicado por el periódico irakí Assaah ha revelado que el 66% de los irakíes desean actualmente la instauración de un Estado islámico liberado de la tutela estadounidense.) Ello es tanto como decir que los propios norteamericanos han creado el monstruo que pretendían querer combatir.

La guerra debía permitir instaurar la paz y la democracia. Lo que ha hecho ha sido reactivar todas las divisiones que el régimen de Saddam Hussein había domeñado, a la vez que ha generalizado el caos. También debía permitir la liquidación del terrorismo. Lo ha fomentado por doquier, como lo prueban los atentados de Riyad, Bagdad, Casablanca y Yakarta.* Impulsados por su victoria en Irak, los Estados Unidos esperaban, por último, reestructurar Oriente Medio en el sentido de la “paz”, reactivando una paz negociada entre israelíes y palestinos. No han hecho otra cosa que dar nuevo auge a los extremismos, habiendo dado mayor fuerza a los radicales que ostentan actualmente el poder en ambos campos. La “hoja de ruta”, que preveía la creación de un Estado palestino de aquí a dos años, ya no es más que un simple recuerdo. Robert Malley, antiguo consejero de Bill Clinton para Oriente Medio, ha constatado que, desde un comienzo, era “irrealizable”. Y con razón: el equipo del general Sharon no la quería. Para los dirigentes israelíes, el conflicto sólo se acabará el día en que todos los palestinos hayan sido expulsados o hayan aceptado sin condiciones el dominio israelí sobre sus territorios. Para impedir la creación de un Estado palestino soberano, los israelíes apuestan deliberadamente por el extremismo, fomentando con su política represiva el terrorismo que declaran querer extirpar. Paralelamente, se está construyendo una inmensa muralla, la cual separará al Estado de Israel de los “bantustanes” en los que están actualmente acorralados los palestinos, mientras siguen aumentando las colonias poblacionales.

* El artículo fue escrito antes de la matanza de Madrid del 11 de marzo. (*N. del T.*)

Al mismo tiempo, ya se empiezan a saber más cosas sobre el trasfondo del conflicto. Gracias a las cifras publicadas en *The Guardian* (29 de octubre de 2003) por Suzanne Goldenberg, las cuales se basan en un informe del Project on Defense Alternative Research, un instituto de investigaciones de Cambridge (Massachusetts), se sabe ahora que el número real de las víctimas irakíes de la guerra es de unos 15.000 muertos, 4.300 de los cuales son civiles muertos en los primeros días de la invasión de Irak, y 5.700 civiles muertos durante el asalto de Bagdad. También se sabe que, en el curso de su ofensiva, los aviones norteamericanos utilizaron bombas de napalm, una mezcla particularmente destructora de keroseno y polistereno, provocando en particular la aniquilación masiva de más de 5.000 miembros de la Guardia Republicana irakí en las cercanías del aeropuerto de Bagdad, así como en los puentes sobre el Tigris al sur de la capital. También se sabe que nunca existió el “bunker secreto” en el que se suponía que se refugiaba Saddam y su familia, y del que se aseguraba que había sido bombardeado desde el primer día de la guerra.

Se sabe que el ejército norteamericano no sólo cubrió, sino que fomentó el pillaje, preparado desde hacía mucho tiempo, del Museo histórico y arqueológico de Bagdad (más de 50.000 objetos robados, algunos de los cuales pesaban varias toneladas), habiendo dejado totalmente desprotegidos estos edificios al tiempo que los GIs protegían con el máximo cuidado el ministerio de Petróleo. Se sabe que toda la historia de la soldado Jessica Lynch, pretendidamente liberada el 1.º de abril de 2003 gracias a una “heroica” acción de las fuerzas especiales en el hospital de Nassiriya, no fue más que una mascarada orquestada por el ejército norteamericano gracias a los consejos técnicos de un productor cinematográfico. (Herida en el accidente de un camión que la transportaba, Jessica Lynch fue atendida en realidad por médicos irakíes, los cuales la condujeron ellos mismos en ambulancia hasta las líneas norteamericanas.)

Quizás hasta se acabe un día conociéndose la verdad de los atentados del 11 de septiembre de 2001, cuyas circunstancias exactas siguen de momento envueltas en una extraña oscuridad. En lo inmediato, al igual que Ossama Ben Laden y el mollah Omar, Saddam Husein sigue sin ser encontrado.¹ En cambio, varios centenares de sospechosos siguen detenidos de forma totalmente ilegal y en condiciones inhumanas en el campo de concentración de Guantánamo, en Cuba, sin haber sido en ningún momento inculcados oficialmente. En los Estados Unidos, el único inculcado hasta la fecha es el franco-marroquí Zacarias, que la prensa presentó como un cómplice de los atentados del 11 de septiembre, mientras que la justicia norteamericana acaba de reconocer que no existe ninguna prueba contra él.

En suma, los norteamericanos creían resolver un problema, y sólo han creado otros nuevos. Se puede ver en ello una hermosa ilustración de lo que Max Weber denominaba la “paradoja de las consecuencias”. Cabe, sin embargo, aventurar otra hipótesis: la de que a los norteamericanos todo este caos no les habría pillado en absoluto por sorpresa. Al contrario: correspondería exactamente a lo que buscaban. Joshua Micah Marshall, periodista del *Washington Monthly*, no duda en afirmar que “el caos en Oriente Medio no es ninguna pesadilla para los halcones de la administración Bush: es su proyecto”. Los norteamericanos necesitan —explica la periodista— una situación de caos para instalarse duraderamente en la zona con objeto de

¹ En el momento de ser escrito este artículo. (*N. del T.*)

conseguir una reestructuración general de la región. “Cada crisis —añade— ha de llevar a las fuerzas estadounidenses a implicarse aún más, provocando reacciones cada vez más hostiles y problemas suplementarios que sólo se podrán resolver mediante una presencia estadounidense aún más importante.” Se trataría, con otras palabras, de hacer de Oriente Medio un nuevo Estado norteamericano. “Las tropas norteamericanas se podrían perfectamente quedar en Irak durante diez años”, declaró Paul Wolfowitz ante el Senado norteamericano.

Alain de Benoist
11/2003